

El Niño, Lector Olvidado

309

por Sebastián Salazar Bondy

Ultimamente se ha venido hablando de la necesidad de difundir —y aun crear— la buena literatura infantil entre nosotros. El género no es fácil y, si se piensa un poco, se puede llegar a la conclusión de que los mejores libros para niños y adolescentes han sido obra de grandes artistas: desde Perrault hasta Saint Exupery, desde Andersen y los Grimm hasta Juan Ramón Jiménez. La conclusión es lógica: para escribir tales textos, bellos y sencillos, profundos y didácticos, hace falta un gran talento, una gran capacidad expresiva, un gran espíritu pedagógico. Ellos deben enseñar y entretener, sin que tras la anécdota de la narración se distinga groseramente el propósito didascálico. Tal vez la fórmula que dé medida de la calidad de un libro de literatura infantil sea ésta: un cuento para niños debe gustar también a los adultos.

Hay una literatura infantil bastarda: aventuras policiales, hazañas de Tarzán, proezas del "Superman". En todos estos temas prevalece la violencia, cuando no la discriminación. Quizá si a uno de nuestros niños le proponemos la elección entre una novela de espionaje y "El Principito" de Saint Exupery, él se decida por la primera. Y es que en el niño —en el niño generalmente reprimido de nuestro medio— funcionan antes que nada ciertas curiosidades malsanas, forma pinacular del interés infantil por todo lo desconocido, por todo lo prohibido. Tal decisión no obedece, sin duda, a una vocación por el mal. El niño quiere saber, su avidez no tiene límite. Y así como se interesa por las intrigas criminales, por los triunfos de Tarzán sobre los animales y, lamentablemente también sobre los humanos de piel oscura, por toda clase de misterios inferiores, se pue-

de en él muy bien elevar tal interés hacia los secretos de la naturaleza, de la vida, del espíritu. En Francia, en Europa entera, hay una corriente que pone al alcance del educando —desde el párvulo hasta el adolescente— una especial clase de libro que trata amenamente de los descubrimientos científicos, de la existencia en comu-



nidades distintas a la propia, de los extraños hábitos animales, etc.

De esta clase de literatura (que, como es lógico, debe estar convenientemente medida con relación a la edad de los lectores) puede decirse, como lo ha hecho Maurice Chavardes, que siempre es obra del arte de un gran narrador, que emplea lo maravilloso con fines éticos. A través de un viaje a la prehistoria, por ejemplo, o de un suceso que transcurra entre pescadores o mineros, se puede inspirar el amor a la paz, la lucha contra la miseria, la solidaridad social, etc., sin que estos propósitos se expresen en sentencias o discursos aburridos. La imagen, la ilustración, ha de contribuir poderosamente a llamar la atención sobre el asunto de esos libros, de los cuales ya hay, conforme lo demuestran los catálogos corres-

pondientes de Inglaterra, Francia, Italia, etc., bastantes ediciones singulares. En este sentido, en Suecia ha aparecido un bello texto que se propone revelar los misterios de la vida sexual por medio de una historia que no da pie a la malicia deformadora. Bellos símbolos extraídos de la naturaleza permiten al niño descubrir su origen sin que se recurra, como es habitual, a las informaciones tendenciosas y a las mentiras, o lo lleven, lo que es peor, a la indagación personal.

Varias veces se ha dicho que es preciso estimular la producción de literatura infantil entre nosotros, pues el niño lector está aquí olvidado. Lo que hasta ahora hay en este orden demuestra más buena voluntad que acierto. Para los escritores, el género tiene grandes posibilidades. Puede, en principio, constituir el "modus vivendi" más apropiado a su oficio, con la ventaja de que, al mismo tiempo que se aplica a una labor grata de por sí, contribuye a la cruzada de la educación nacional, objetivo que no puede estar ausente de la finalidad de todo aquel que en una comunidad como la nuestra se llama intelectual.